

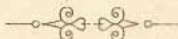
DISCURSO

SOBRE LA

Crisis moral de la República

POR

ENRIQUE MAC-IVER



SANTIAGO, CHILE  
IMPRENTA MODERNA  
2015 CALLE DE LA MONEDA

## DISCURSO SOBRE LA CRÍISIS MORAL DE LA REPÚBLICA.

POR ENRIQUE MAC-IVER.

*(Pronunciado en el Ateneo de Santiago, en la  
sesion ordinaria de 1.º de agosto de 1900.)*

**E**S agradable i honroso para mí hablar desde esta tribuna levantada por una asociacion que dedica sus esfuerzos al estudio de las ciencias, al cultivo de las letras i al esclarecimiento de los variados problemas sociolójicos que interesan al pais, i que, en mi concepto, sirve de refujio i amparo a los principios de libertad que, predominantes ayer, peligran hoi ante las tendencias autoritarias i absorbentes creadas por el egoismo de clases i fortificadas por el adulo al poder del número.

Siento que me hallo en un hogar amigo, donde se piensa que cada individuo de la especie

humana tiene derechos propios superiores a toda organizacion pública, i no que sea un mero elemento que se pierde en el todo, o en algo del todo, de la colectividad de que forma parte; i donde se cree que la mejor base del órden social i uno de los mas poderosos factores del progreso i del bienestar comun, se hallan precisamente en el principio de que el estado es para el individuo, para la familia i para la sociedad, i no el individuo, la familia i la sociedad para el estado.

En esta primera vez que alzó aquí la voz, habria querido tratar sobre materias que ensancharan el espíritu con realidades i esperanzas halagadoras para nuestros anhelos patrióticos i para nuestras aspiraciones de progreso; pero no me es dado hacerlo, i contrariando mi deseo, me impongo un tema ingrato i penoso, tanto por sus vaguedades, cuanto por sus referencias a males que aquejan a nuestro pais i que dificultan su natural desarrollo.

Pero algo escusará mi intento; i es la necesidad de señalar los vicios i los defectos sociales e institucionales para ponerse en situacion de corregirlos i enmendarlos; que sin eso, el mal continúa su obra destructora, i los que creen

verlo, por su inaccion i silencio, responsables son del daño que ocasiona.

Voi a hablaros sobre algunos aspectos de la crisis moral que atravesamos; pues yo creo que ella existe, i en mayor grado i con caractéres mas perniciosos para el progreso de Chile que la dura i prolongada crisis económica que todos palpan.

Me parece que no somos felices; se nota un malestar que no es de cierta clase de personas ni de ciertas rejiones del pais, sino de todo el pais i de la jeneralidad de los que lo habitan. La holgura antigua se ha trocado en estrechez, la enerjía para la lucha de la vida en laxitud, la confianza en temor, las expectativas en decepciones. El presente no es satisfactorio i el porvenir aparece entre sombras que producen la intranquilidad.

¿Incurriré en error si digo que contemplo detenido nuestro progreso, perturbados los espíritus, abatidos los caractéres i extraviados los rumbos sociales i políticos? Yo quisiera ser víctima de un engaño i atribuir al pesimismo de cierto período de la vida el aspecto desfavorable con que se me presentan las cosas; quisiera creer que así como el viajero sin mas vista que

la del cielo i del mar, no percibe la carrera de la nave que lo conduce, no noto yo que el pais marcha al cumplimiento de sus altos destinos cuando le miro en enfermiza estagnacion.

No seria posible desconocer que tenemos mas naves de guerra, mas soldados, mas jueces, mas guardianes, mas oficinas, mas empleados i mas rentas públicas que en otros tiempos; pero ¿tenemos tambien mayor seguridad i tranquilidad nacional, superiores garantías de los bienes, de la vida i del honor, ideas mas exactas i costumbres mas regulares, ideales mas perfectos i aspiraciones mas nobles, mejores servicios, mas poblacion i mas riqueza i mayor bienestar? En una palabra ¿progresamos?

Hace cinco años se levantó el censo decenal de la República. El recuento de la poblacion no fué satisfactorio, pues aparecia un aumento por demas pobre i en escala mui inferior a la de anteriores censos.

Se dijo que la operacion era incompleta i defectuosa i hasta ahora no ha sido oficialmente aprobada. Con esto pudimos desentendernos de un hecho tan grave i revelador del estado de progreso del pais; pero, en verdad, deficiencias i vicios considerables en el censo no se ven

i sus cifras continúan manifestando que la poblacion no aumenta, por lo ménos en el grado que corresponde a un pueblo que prospera.

Mas, si el número de los habitantes de Chile no crece, o crece con desalentadora lentitud, en cambio el número de contravenciones a la lei penal aumenta en inusitadas proporciones. Comienza a oirse que en Santiago, por ejemplo, se necesitarian ocho jueces del crimen, el doble de los que existen, para atender medianamente a las necesidades del servicio.

En el verano último se me hizo notar un curioso fenómeno que acaecia en uno de los departamentos de la provincia de Maule, i que probablemente se verá tambien en otras rejiones del territorio. Los pequeños propietarios rurales enajenaban sus tierras a precios ínfimos para asilarse en los centros de poblacion, i lo hacian porque les faltaba seguridad para sus bienes i su vida. El bandolerismo ahuyenta de los campos a los labradores, al ajente principal de la produccion agrícola, en un pais que desde hace veinte años no sabe dónde está el fondo de sus cajas.

Hace poco daba alguién cuenta de otro hecho curioso que se presenta en Chile. El número de

escuelas ha aumentado; pero a medida que las escuelas aumentan la poblacion escolar disminuye.

Tomo el hecho tal como es, i cualesquiera que sean las esplicaciones que admita, siempre habrá de llegarse a la penosa conclusion de que ese ramo del servicio público no progresa.

No sé si la enseñanza primaria sea mejor ahora de lo que fué en años atras; ello es probable, porque los maestros formados en nuestras escuelas pedagógicas adquieren conocimientos jenerales i profesionales mas estensos, mas completos i mas científicos que los recibidos en otros tiempos. Por desgracia, ni la superioridad técnica de los maestros, ni la mejoría de los métodos, modifican la significacion del dato relativo a la matrícula escolar hasta el punto de que fuera posible sostener que adelantamos, que la ilustracion cunde, que la ignorancia se va.

Pienso que no hai negocio público en Chile mas trascendental que este de la educacion de las masas populares. Es redimirlas de los vicios que las degradan i debilitan i de la pobreza que las esclaviza, i es la incorporacion en los elementos de desarrollo del pais de una fuerza de valor incalculable.

No me es difícil creer que la instruccion secun-

daria i superior se ha jeneralizado considerablemente en los últimos tiempos; el número de personas ilustradas es mas crecido ahora de lo que fué ántes; se puede encontrar un bachiller hasta en las silenciosas espesuras de los bosques australes.

Pero ¿será inexacto el hecho de que, estando mas estendida la instruccion i siendo mas numerosas las personas ilustradas, las grandes figuras literarias i políticas, científicas i profesionales que honraron a Chile i que con la influencia de su saber i su prestigio encauzaron las ideas i las tendencias sociales, carecen hasta ahora de reemplazantes? Hemos tenido muchos hombres de la pasada jeneracion de nombradía americana i aún europea, i me parece que nadie se ofenderá si digo que no acontece lo mismo en la jeneracion actual.

Con todo, en lo que ménos hemos marcado el paso en la vía del progreso es el ramo de la instruccion secundaria i superior, que, si igual cosa hubiera acontecido en otros órdenes de la labor pública i privada, ménos penosa seria la situacion del país i mas claridad veríamos en los horizontes de nuestro porvenir.

Entre los elementos de progreso de una socie-



dad pocos hai superiores a la enerjía para el trabajo i al espíritu de empresa. Uno i otro se desarrollan con la educacion i el ejemplo, i con el ejercicio, que es la gimnasia que los afirma i fortifica. Esa ha sido la principal fuerza del pueblo ingles i del pueblo americano i, en jeneral, del europeo del occidente.

Ni de espíritu de empresa ni de enerjía para el trabajo carecimos nosotros, descendientes de rudos pero esforzados montañeses del norte de España. ¿A dónde no fuimos? Proveíamos con nuestros productos las costas americanas del Pacífico i las islas de la Oceanía del hemisferio del sur; buscábamos el oro de California, la plata de Bolivia, los salitres del Perú, el cacao del Ecuador, el café de Centro América; fundábamos bancos en La Paz i en Sucre, en Mendoza i en San Juan; nuestra bandera corria todos los mares, i empresas nuestras i manos nuestras bajaban hasta el fondo de las aguas en persecucion de la codiciada perla.

A la iniciativa, al esfuerzo i al capital de nuestros conciudadanos debemos los primeros ferrocarriles i telégrafos, puertos, muelles, establecimientos de crédito, grandes canales de irrigacion i toda clase de empresas.

¿Podría con verdad afirmarse que el espíritu i la energía que entónces animaran a nuestro país para el trabajo, se haya, no digo fortificado, sino siquiera mantenido? ¿Significaría algo el que hayamos perdido nuestra acción comercial e industrial en el extranjero i que el extranjero nos reemplace en nuestro propio territorio? En jeneral ¿se gasta hoy actividad para la lucha de la vida i para crear fuentes de riqueza por medio del trabajo libre, o se vé una funesta tendencia al reposo enervante i a la empleomanía? Preguntas son éstas que todos pueden responder, i las respuestas no serán talvez satisfactorias para los que cuentan entre los elementos de apreciación del progreso de un país la energía de sus habitantes para el trabajo i el espíritu de empresa.

La producción en realidad no aumenta desde hace años; si no fuera por el salitre, podría decirse que disminuye; la agricultura vejeta, la minería, aun en estos días de grandes precios, permanece estacionaria, la incipiente manufactura galvanizada con el dinero público i con el sacrificio de todos, no prospera; el comercio i el tráfico son siempre los mismos i el capital acumulado es menor.

¿Tenemos algunos rieles mas, algunas escuelas, algunos pocos miles de habitantes? Enhorabuena; pero ¿qué importancia tiene esto para juzgar de nuestro adelanto, si esos centenares de rieles debieran ser millares, si esas docenas de escuelas debieran ser centenares i si esos pocos miles de habitantes debieran ser millones? ¿I qué vale ello delante de las obras públicas en ruínas, de la agricultura decadente, de las minas inutilizadas, del comercio anémico, de los capitales perdidos, del ánimo enfermo?

En el desarrollo humano el adelanto de cada pueblo se mide por el de los demas; quien pierde su lugar en el camino del progreso, retrocede i decae. ¿Qué éramos comparados con los paises nuevos como el Brasil, la Argentina, Méjico, la Australia, el Canadá? Ninguno de ellos nos superaba; marchábamos adelante de unos i a la par de los otros.

¿Qué somos en el dia de hoi? Me parece que la mejor respuesta es el silencio. I seria bien triste por cierto que nos consoláramos de la pérdida de nuestro puesto preferente, con el poder militar, como se consolaban con su espada i sus pergaminos los incapaces que se veían de-

salojados por la pujanza de los hombres de iniciativa i de trabajo.

No hai para qué avanzar en esta somera investigacion acerca del estado del pais en lo que se relaciona con su progreso; importa mas preguntarse ¿por qué nos detenemos? ¿qué ataja el poderoso vuelo que habia tomado la República i que habia conducido a la mas atrasada de las colonias españolas a la altura de la primera de las naciones hispano-americanas? Hé aquí el problema, el gran problema cuyo estudio ha de preocupar a los que sienten vivo en el alma el amor al suelo en que nacieron i a la sociedad en que se formaron i que tienen conciencia de su responsabilidad ante las jeneraciones que les sucedan.

¿Es la raza? Pero somos los hijos de los que hasta hace poco engrandecieron a Chile; somos aún los mismos que han tenido parte en esa obra de engrandecimiento.

¿Son las instituciones? Pero con las mismas instituciones fundamentales progresó i progresó inmensamente la República.

¿Es el territorio? Pero el territorio no ha cambiado, no ha disminuido, sino que se ha extendido; tenemos nuestros campos fértiles, nues-

tros bosques inagotables, los ricos filones metálicos, los abundantes mantos carboníferos, las valiosas sustancias del desierto, i las tantas i variadas riquezas de nuestro suelo i de nuestras aguas.

¿Será la crisis económica? Pero una crisis no es indefinida sin culpa de los que la sufren. I la crisis, siendo una causa real i efectiva de nuestro estado, no puede ser la única. La crisis no ha influido en las rentas públicas o ha influido mui débil i parcialmente; ellas han continuado, por desgracia, en un constante aumento que sobrepasa la satisfaccion real de nuestras necesidades ordinarias. La crisis no ha podido ser óbice para que se realicen grandes obras de fomento, para que se estimule la industria i el comercio, para garantizar la vida i la propiedad, mantener la enerjía para el trabajo, reformar las leyes perjudiciales, corregir los vicios i enmendar los yerros.

En mi concepto, no son pocos los factores que han conducido al pais al estado en que se encuentra; pero sobre todos me parece que predomina uno hácia el cual quiero llamar la atencion i que es probablemente el que ménos se vé i el que mas labora, el que ménos escapa a la vo-

luntad i el mas difícil de suprimir. Me refiero ¿por qué no decirlo bien alto? a nuestra falta de moralidad pública; sí, la falta de moralidad pública que otros podian llamar la inmoralidad pública.

Deseo que se comprendan bien mis intenciones i mis ideas. Existe entre nosotros la obsesion de la política, de la política partidarista, i cierta tendencia a ver en todo alusiones de carácter político i cuestiones políticas. Debo declarar injenuamente que yo no traigo aquí cuestiones de política militante, de política partidarista, i que mis palabras no envuelven alusiones de este carácter a ningun hombre, grupo de hombres o partidos. I no podria proceder de otra manera sin abusar de la confianza i de la benevolencia de los miembros de esta simpática i útil institucion i aún de las personas que sin pertenecer a ella tienen la jentileza de oirme.

Mi propósito no es otro que el de señalar un mal gravísimo de nuestra situacion, que participa mas de la naturaleza de mal social que de mal político, con el objeto de provocar un estudio acerca de sus causas i sus remedios, i para el fin de correjirlo en bien de todos i no en beneficio de individuos, bandos o partidos.

Quiénes son los responsables de la existencia de ese mal, no sé; ni me importa saberlo; espongo i no acuso, busco enmiendas i no culpas. La historia juzgará, i su fallo ha de decir si la responsabilidad por la lamentable situacion a que ha llegado el pais es de algunos o de todos, resultado de errores i de faltas, o de hechos que no caen bajo el dominio i la prevision de los hombres.

Queria decir tambien que la moralidad pública de que hablo no es esa moralidad que se realiza con no apropiarse indebidamente los dineros nacionales, con no robar al Fisco, con no cometer raterías, perdóneseme la palabra. Tal moralidad, que llamaré subalterna, depende de otra mas alta moralidad, i sus quebrantos los sancionan los jueces ordinarios, i no la decadencia nacional i la historia.

Hablo de la moralidad que consiste en el cumplimiento de su deber i de sus obligaciones por los poderes públicos i los magistrados, en el leal i completo desempeño de la funcion que les atribuye la carta fundamental i las leyes, en el ejercicio de los cargos i empleos, teniendo en vista el bien jeneral i no intereses i fines de otro jénero.

Hablo de la moralidad que da eficacia i vigor a la funcion del estado, i sin la cual ésta se perturba i se anula hasta el punto de enjendrar el despotismo i la anarquía, i, como consecuencia ineludible, la opresion i el despotismo, todo en daño del bienestar comun, del orden público i del adelanto nacional.

Es esa moralidad, esa alta moralidad, hija de la educacion intelectual i hermana del patriotismo, elemento primero del desarrollo social i del progreso de los pueblos; es ella la que formó los cimientos de la grandeza de los Estados Unidos i que se personalizó en un Washington; es ella la que condujo a nuestra República al primer rango entre las naciones americanas de oríjen español i que se personalizó en ciertos tiempos, no en un hombre, sino en el gobierno, en la administracion, en el pueblo de Chile.

Yo no admiro i amo el pasado de mi pais, a pesar de sus errores i de sus faltas, por sus glorias en la guerra, sino por sus virtudes en la paz. Sin éstas, tan inútiles como en los actuales tiempos el salitre, habrian sido para la prosperidad de la República los grandes descubrimientos mineros, la creacion de los mercados de California i Australia i las facilidades de la



navegacion que nos acercaron a todos los centros productores i de consumo.

No hai para qué encarecer la parte que corresponde a la moral pública en el adelantamiento de un pueblo; la historia de las nacionalidades americanas de nuestra misma raza de sobra lo demuestra. No ha sido ni un réjimen nuevo disconforme con las costumbres, ni el aislamiento, ni la ignorancia, ni otros hechos semejantes, lo que mantuvo i aún mantiene en parte a las repúblicas que nacieron a la vida en el primer cuarto de este siglo que concluye, en un perpétuo vaiven entre la anarquía i el despotismo i apartadas del camino del progreso; ha sido la falta de moralidad pública, ha sido el olvido del deber por el funcionario i el abandono de la funcion pública para dar paso a las ambiciones personales, al odio, a la venganza, a la codicia i al interes de bandería.

¡Ignorancia! ¿Eran acaso sabios los pueblos del Brasil? ¿Fué mas ilustrado Chile que el Perú i Méjico, que Colombia y Venezuela?

¡El aislamiento, las distancias, la escasez de poblacion! ¿Era mas densa nuestra poblacion que la de Centro-América? ¿Eran mas cortas las distancias en el Brasil que en el Uruguai?

¿Estaba ménos aislado Chile que Méjico i el Perú?

¡El réjimen nuevo disconforme con las costumbres! Era ménos nuevo i mas conforme con las costumbres el réjimen adoptado en Chile que el adoptado en Bolivia i la Nueva Granada?

No niego la influencia de hechos como los aludidos en las anarquías i despotismos hispano-americanos; pero nadie podrá negar tampoco que así como se moderó el efecto de esos hechos en Chile, pudo moderarse en otras partes, si verdadero imperio hubiera ejercido la moral pública, si la idea i el sentimiento del deber para con el país i la sociedad hubieran dominado en el funcionario.

Estos elementos morales del progreso mas indispensables son en países que no pueden desenvolverse sino por medio del esfuerzo constante del hombre que en otros donde la naturaleza mas jenerosa reemplaza en mucho la accion física e intelectual de aquél.

¿Se pondrá en duda que, como obedeciendo a una lei de atavismo de raza, se presente hoi en Chile, aunque con manifestaciones diversas, el mismo fenómeno que perturbó el progreso de una gran parte de la América? ¿Pensará alguien

que no sufre verdaderamente el país de una crisis moral así como ha sufrido i sufre de una crisis económica? Me atrevo a creer que nó; i, si me engañara, bastaria poner los ojos en las funciones mas ordinarias i comunes del Estado para adquirir el convencimiento de que la moralidad pública se halla profundamente quebrantada entre nosotros.

¡Cuántos esfuerzos i cuántos sacrificios costó el derecho electoral! Esa conquista del trabajo de muchos años, ese fruto de las lágrimas de nuestras mujeres i de la sangre de nuestros conciudadanos, ese premio de la energía i de la perseverancia de nuestros políticos i del pueblo, esa base de nuestras instituciones, del buen gobierno i del orden público, es mercancía que se compra i que se vende, materia que se falsifica, tema de una burda i siniestra comedia.

I si mal funciona el poder electoral en su jeneracion ¡qué triste es su desempeño en lo que llamaremos su fiscalizacion o control! Ya no se califican elecciones sino que se justifican fraudes.

Ni en Chile ni en otras partes han sido siempre la lei i la verdad las inspiradoras de los que intervienen en ese acto. Jeneralmente dominan en él la pasion i el interes político o partidarista,

que tanto perturban el criterio, i que es natural produzcan resoluciones erróneas o injustas de parte de las corporaciones políticas, tratándose de cosas que a los partidos i a la política atañen.

Pero, nótese bien el carácter del fenómeno que presenciamos. Entre nosotros no se viola la lei, no se desconoce la verdad, no se atropella el derecho, no se desnaturaliza i envilece, en una palabra, la funcion electoral fiscalizadora, por error producido por la pasion, por pasion nacida del interes político, por interes político proveniente de las convicciones i del anhelo del bien político vinculado al predominio de un sistema o de un partido, como ántes ha sucedido i en muchas partes sucede, nó. El fenómeno es mas simple, mas llano, mas casero. Sin verdadero interes político o partidarista, sin pasion, sin error, por mero apego a una persona o a un grupo o por antipatía a otra persona o a otro grupo, por tener un voto mas o por no tener un voto ménos, por adquirir un adherente para otra injusticia o por no desagradar a álguien, por una pequeña venganza o por pagar un pequeño servicio, fria i tranquilamente, sin acordarse por un momento siquiera de los intereses

públicos i del derecho, se quita al elegido su asiento, i se da asiento al no elegido, i se falsifica la representacion nacional. No es un secreto para nadie que el voto parlamentario en la calificacion de elecciones ha llegado a ser objeto de arreglos, de trüeques, de contratos entre individuos o grupos.

He visto mucho malo, mui malo, i mucho bueno, mui bueno; pero, lo digo francamente, eso no lo habia visto nunca.

Han trascurrido mas de veinte años desde que una guerra tan justificada en su iniciacion como gloriosa en su mantenimiento i fructífera en sus resultados, locupletó de oro las arcas públicas. Los que éramos jóvenes en aquellos dias legendarios no sentíamos dominado el espíritu por la embriaguez de la victoria ni aflijido el corazon por los sacrificios de la grandiosa lucha; satisfacciones i dolores desaparecian ante otra preocupacion, otra atraccion; era el progreso, el engrandecimiento i la felicidad de Chile, era su mision bienhechora en el continente sud-americano.

El oro de los territorios que nos obligó a tomar, nó la avidez i el egoismo sino la propia seguridad, habria de ser la vara májica que haria

brotar puertos i ferrocarriles, canales i caminos, escuelas e inmigracion, industrias i riquezas, trabajo i bienestar en toda la estension de la República.

Con nuestros pobres ahorros i el económico centavo arrancado al sudor del pueblo por vía de impuesto, habíamos hecho la primera línea férrea del hemisferio austral, el primer telégrafo, las obras públicas relativamente mas difíciles i costosas de la tierra hispano-americana. Con millones en la mano i estimulados por la aspiracion patriótica del adelanto de Chile i por la conveniencia de garantizar con su engrandecimiento la seguridad nacional ¿qué no haríamos? Las cualidades manifestadas en la guerra no serian sino reflejo del esfuerzo, de la perseverancia, del heroismo que ostentaríamos en las obras de la paz.

Qué amargo despertar! Sueños fueron puertos i ferrocarriles, canales i caminos, escuelas e inmigracion, industrias i riquezas, trabajo i bienestar; el oro vino, pero no como lluvia benéfica que fecundiza la tierra, sino como torrente devastador, que arrancó del alma la energía i la esperanza i arrastró con las virtudes públicas que nos engrandecieran.

Cabe aquí el recuerdo de un hecho que no sería

difícil comprobar. Hace pocos años, cuando aún estaba intacto nuestro crédito, que no hemos sabido mantener, la potencia financiera de la República i del Gobierno sin esfuerzos habría alcanzado para pagar con jenerosidad todos los servicios ordinarios i para hacer cinco puertos, siendo uno de ellos militar i comercial, para construir cuatro mil kilómetros de líneas férreas, para abrir siete mil kilómetros de carreteras, para regar quinientas mil hectáreas de suelo i para costear las grandes obras de salubridad de nuestras ciudades principales.

No, digo que se tuviera el personal necesario para esas obras, pero sí afirmo que podia tenerse los fondos para realizarlas.

Permítaseme ahora formular una cuestion. En un pais nuevo, cuyo fomento i cuyo progreso dependen mas de la iniciativa i del esfuerzo del poder público que de la iniciativa i del esfuerzo particular, en que se desperdicia el tiempo i se malgastan los injentes recursos que hubieran de destinarse a aquellos objetos ¿se cumple la funcion gubernativa? ¿se atienden debidamente los grandes intereses nacionales? I, si no se atienden estos intereses ni se cumple esa funcion, ¿hai moralidad pública?

Venciendo resistencias naturales i tradicionales, en un momento que se consideró propicio, se creó la autonomia comunal, el gobierno local. Este nuevo organismo del poder público debia, por una parte, moderar el exceso de facultades del primer magistrado de la República, i, por la otra, atender con mas acierto i eficacia a la administracion de los negocios que interesan exclusivamente a la ciudad, a la villa, a la aldea, a la comuna.

¿Qué resultados ha producido en la práctica esa laboriosa i trascendental reforma? El desparecimiento del gobierno i de los servicios locales i una vergüenza nacional.

¿Era, como se decia i se dice por algunos, que el pais no estaba preparado para una institucion semejante, que no habia elementos personales suficientemente ilustrados para el gobierno comunal? Me parece que nó.

El pueblo no ha resistido ni perturbado la accion de las autoridades locales, ni ella ha encontrado un escollo en las ideas, costumbres i sentimientos del pueblo. Tampoco ha carecido la comuna de los recursos necesarios para ser convenientemente administrada.

Elementos personales de sobra, con ilustracion



mas que suficiente, ha habido para el desempeño de las funciones del gobierno local; nadie podria con verdad sostener lo contrario, sobre todo tratándose de nuestras principales ciudades, de las ciudades que mas brillantes escándalos han dado.

¿Por qué, entónces, el desgobierno local, el desaparecimiento de los servicios municipales i la vergonzosa conducta de las municipalidades? ¿Por qué el fracaso de una reforma tan anhelada i que tantos beneficios hacia esperar? Investiguese, o mejor dicho, véase si ha habido moralidad en el ejercicio del poder local i se tendrá la respuesta.

I bien, un pais en que el gobierno comunal se corrompe, en que sólo por excepcion se encuentra una municipalidad que sirva con honradez al fin de su instituto, es un pais cuya masa social está moralmente enferma o es un pais cuya moral pública se halla en quiebra.

I sin la existencia de este último estado, ¿cómo se esplicarian los hechos que vengo enunciando? ¿cómo, el abandono de las obras nacionales mas necesarias i valiosas por mas de un año i hasta completar su ruina? ¿cómo, los pactos políticos sobre la base del reparto de los empleos? ¿cómo,

la provision de éstos sin atender ni a las aptitudes personales ni al interes jeneral? ¿cómo, las corruptelas, los vicios i el deshacimiento de la administracion? ¿cómo, finalmente, la ausencia de todo intento formal de parte de los poderes públicos para corregir los males que aquejan al pais i la impasibilidad musulmana con que se contempla, no diré nuestra decadencia, pero sí diré nuestra estagnacion?

Tan absurdo seria sostener que un estado comercial es bueno cuando la jeneralidad de las personas carecen de recursos para cumplir sus obligaciones, como sostener que el estado moral es bueno cuando la jeneralidad deja de cumplir sus deberes.

Pero tiempo es ya de apartar la vista de hechos desagradables para volverla a la última consideracion que ellos sujieren. Ceguera seria desconocer que el pais es víctima (empleo deliberadamente la palabra) tanto de una crisis económica, cuanto de una crisis moral que detiene su antigua marcha progresista.

Consecuencia de innovaciones poco atinadas o efecto de vicios i pasiones, resultado de sucesos fatales u obra de la imprevision i el abandono, el hecho es que no seria ya temeridad decir, dan-

do a las frases una acepcion jeneral i sin referirlas a hombres ni a partidos determinados: falta gobierno, no tenemos administracion.

No pienso que deba disimularse la realidad de nuestro estado, i mucho ménos pienso que sea razonable desalentarse ante esa realidad. Estas crisis son plagas que azotan a los pueblos que se desvían de los caminos trazados por los principios que rijen la vida de las sociedades; matan a los débiles; los fuertes se reponen i cobran nuevas enerjías para la lucha del progreso.

Señalar el mal es hacer un llamamiento para estudiarlo i conocerlo, i el conocimiento de él es un comienzo de enmienda. Una sola fuerza puede estirparlo, es la de la opinion pública, la voluntad social encaminada a ese fin; i para formar esa opinion i convertirla en voluntad dispuesta a obrar, hai que poner de manifiesto la llaga que nos debilita ahora i nos amenaza para el futuro, i hai que hacer sentir los estímulos del deber i del patriotismo i aún los del interes por el propio bienestar.

Formada esa opinion pública, vendrán i se cumplirán leyes que dan sufragio ilustrado i consiente, que abren la puerta de la representacion nacional, cerrada hoi por falsas teorías consti-

tucionales i en resguardo de una fantástica independencia parlamentaria, a muchos de los mas aptos para los cargos legislativos, que apartan de los altos puestos de la administracion a la incapacidad i la ignorancia, que sancionan eficazmente el abandono del deber i el olvido del bien comun; se corregirán los errores, se castigarán las faltas, se enmendarán los rumbos, i volverá el pais a ver cumplida la funcion gubernativa para su felicidad i su progreso.

Los propósitos levantados, las ideas benéficas, las empresas salvadoras, sin mezcla de egoismo personal o partidarista, allegan siempre fuerzas poderosas que los apoyen, i no sólo cuentan con los sostenedores que tienen en el campo, sino con una inagotable i abnegada reserva. Es la juventud, que, sin mas lei de servicio obligatorio que la escrita en su alma ansiosa del bien i amante de la patria, se alista bajo las banderas que representan una gran causa nacional.

Tengo fé en los destinos de mi pais i confío en que las virtudes públicas que lo engrandecieron volverán a brillar con su antiguo esplendor.

---